

José Emilio Pacheco

IRÁS Y NO VOLVERÁS

[POEMAS 1969-1972]

TUSQUETS
EDITORES

© José Emilio Pacheco y herederos de José Emilio Pacheco
© 1973, *Irás y no volverás*

Diseño de la colección: Guillemont-Navares
Ilustración de portada: © Alicia Sandoval
Fotografía del autor: © Rogelio Cuéllar Ramírez
Colección: Marginales
Serie: Nuevos textos sagrados

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2024
ISBN: 978-607-39-1531-1

Primera edición impresa en México: agosto de 2024
ISBN: 978-607-39-1523-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso en México - *Printed and made in Mexico*

I

FALSOS TESTIMONIOS

IDILIO

Con aire de fatiga entraba el mar
en el desfiladero.

El viento helado
dispersaba la nieve de la montaña.
Y tú
parecías un poco de primavera,
anticipo
de la vida yacente bajo los hielos,
calor
para la tierra muerta,
cauterio
de su corteza ensangrentada.

Me enseñaste los nombres de las aves,
la edad
de los pinos inconsolables,
la hora
en que suben y bajan las mareas.
En la diafanidad de la mañana
se borraban las penas
del extranjero,
el rumor
de guerras y desastres.

El mundo
 volvía a ser un jardín
(lo repoblaban
 los primeros fantasmas),
una página en blanco,
 una vasija
en donde sólo cupo aquel instante.

El mar latía. En tus ojos
se anulaban los siglos,
 la miseria
que llamamos historia,
 el horror
agazapado siempre en el futuro.
Y el viento
 era otra vez la libertad
(en vano
intentamos anclarla en las banderas).

Como un tañido funerario entró
hasta el bosque un olor de muerte.
Las aguas
se mancharon de lodo y de veneno.
Los guardias
brotaron como surgen las tinieblas.
En nuestra incauta dicha merodeábamos
una fábrica atroz en que elaboran
defoliador y gas paralizante.

I

— Ya no hay plantas ni peces en el Erie.
Ya está muerto,
como el lago de México.
(*Todo ante mí se vuelve alegoría.*)

Y aquel momento se hunde para siempre
en las aguas ya turbias de irrealidad.
No había nadie
sino tú y yo en el mundo esa noche de agosto.
No ignorábamos
que jamás volverá.
Nunca en el tiempo se dará otra noche
en que arda la vida en esa orilla
del más bien muerto de los mares muertos.

2

El tiempo entero es muda mutación. Celebremos
el peso de los años.
El que fui en otro mundo
repite sus palabras ante un teatro sin nadie.
Ya no hay nada capaz de alimentarte, poesía.
Muérete de ti misma
o por favor ya cállate.

Actos contramemoria. Protestemos
por su fijeza inútil,
la manipulación, las distorsiones,
el falso testimonio.
Aciago don, pecado original,
la memoria que miente siempre.

Contra el recuerdo no hay liberación.
Se borra en parte
y es archivado junto a sus iguales.
Cuando menos se piensa ya está fuera
con ganas de morder.
Ha echado espinas
y encaja los colmillos insaciables
del nunca más.

Música

y de repente es la misma canción,
la que sonaba en tardes como aquéllas.

¿Han vuelto o todo es diferente?

La zarza de los días se enreda en la violencia.

El desierto sangra.

Tablas y leyes de conducta.

Multitudes

que dan vueltas y vueltas

al templo de la guerra.

La incertidumbre es todo lo que tengo.

Hoy recomienza

la pesadilla de la historia.

TRES POEMAS CANADIENSES

1. *El estrecho de Georgia*

El bosque frente al mar.
Arriba un águila
en la punta del pino.
Era el crepúsculo.
Se ahogaba el sol
en la isla de Vancouver.

Acaso fue al Aztlán de los aztecas.
De allí partieron siete tribus
y una
fundó tras muchos siglos Tenochtitlan.

De Aztlán sólo quedaron ciertos nombres
sembrados en la arena como piedras.

El águila fue hallada en la maleza,
no heráldica
ni ardiente en el crepúsculo.
En descomposición.
Se alimentó de peces
que envenenaron pesticidas, basura,
desechos industriales.

Sobre Vancouver ya no vuelan águilas.
Hoy la gente ve monstruos en la playa.

Los aztecas creyeron que el dios sol
noche a noche moría en forma de águila.
Viajaba por la tierra de los muertos
para reaparecer al día siguiente
como jaguar a la mitad del cielo.

Los indios de Vancouver habitan
en The Musqueam Reserve
donde el Fraser entrega el agua dulce
de la montaña al mar que abre las alas.

El estrecho de Georgia une y separa
de tierra firme a Aztlán,
el paraíso azteca ya tan muerto
como su capital:
la ciudad del ombligo de la luna.

En The Musqueam Reserve
hay tres campos de golf.
Los antiguos señores de la tierra
cargan los instrumentos deportivos
de los monstruos marinos.

El águila desciende
y el jaguar
no ha bebido la sangre de la noche.

2. «Song of Songs»

Y cuando han terminado de amarse
él encuentra,
en *el hotel barato de una noche*,
la Biblia.

Busca algunos versículos, recuerda
el sonido que tienen en su idioma:
Emptiness, emptiness, says the Speaker.
Emptiness, emptiness, all is empty...
Charm is a delusion and beauty fleeting...
Why should the sufferer be born to see the light?
Why is life given to men who find it so bitter?...
For we ourselves are of yesterday and are transient;
our days on earth are a shadow...

Y sin embargo, en este mundo de ceniza y de llanto,
Let us praise your love more than wine
and your caresses more than any song.

3. *Adiós, Canadá*

El olor de madera mojada,
la playa gris y los troncos,
la arena que en el volcán ha sido llama y catástrofe,
el sol de nieve, la montaña de musgo,
islas y su alarmada población de gaviotas,
el peso de la nieve que hace visible la caída del tiempo,
un jardín de cristal bajo las luces
de la lluvia nocturna,
serán acaso en la memoria tu olvido:
un arcón de postales marchitas
y mapas que se rompen de viejos.
Pero tu nombre tendrá el rostro o la sombra
de la muchacha a la que dije adiós para siempre.